

ralelismo de los miembros y la anadiplosis, el uso de la aliteración y de la paronimia, que ocurre en ambas literaturas, no son suficientes para sostener que la composición literaria hebrea deriva de la egipcia. Esos procedimientos están íntimamente ligados a la composición poética de los hebreos, y con caracteres iguales se los encuentra en los textos literarios de Ras Shamra, a tal punto que parecen creaciones del genio lingüístico de esos pueblos. Sin excluir la influencia que corresponde reconocer, en general, a la técnica literaria más vieja de los egipcios, la similitud de recursos en la construcción poética de hebreos y egipcios puede explicarse por el fondo semítico común de la lengua de ambos pueblos.

Donde aparece clara e indiscutida la influencia egipcia es en el *contenido* de los textos literarios hebreos: en los Salmos numerosos versículos son derivados de himnos egipcios; en el libro de Proverbios, en los versículos XXII, 7-XXIII, 14, se repiten las sentencias de la Enseñanza de Amenemope.

Tal es en líneas generales el contenido fundamental del *Legacy of Egypt*. Si como señala Glanville en la Introducción, El legado del Egipto puede compendiarse en la palabra Egiptología, el mérito principal del libro está en que ofrece al hombre culto en general y al estudioso una aproximación segura y fiel a los dominios del saber egiptológico.

ABRAHAM ROSENVÁSSER.

INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales de los Incas*. Edición al cuidado de Ángel Rosenblat. Prólogo de Ricardo Rojas. Con un glosario de voces indígenas. Buenos Aires, Emecé Editores, 1943, 2 tomos.

INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Historia General del Perú* (segunda parte de los *Comentarios Reales de los Incas*). Edición al cuidado de Ángel Rosenblat. Elogio del autor y examen de la Segunda parte de los *Comentarios Reales*, por José de la Riva Agüero. Con un glosario de voces indígenas, un índice de nombres y materias y un mapa del Imperio Incaico y de la conquista española. Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, 3 tomos.

Acaba de aparecer en Buenos Aires la *Historia General del Perú*, del Inca Garcilaso de la Vega, con lo que viene a completarse esta obra, cuya primera parte, *Comentarios Reales de los Incas*, fuera publicada en el año 1943.

De entre la copiosa producción editorial argentina que se registra desde hace algunos años, suelen señalarse de tiempo en tiempo algunas publicaciones que constituyen un verdadero acontecimiento para el mundo de las letras. Tal es el caso que nos ocupa. Trátase

de una de las obras fundamentales de la historia y de la literatura de América. El Inca —emparentado por su padre con el Garcilaso de las Églogas, y por la parte materna con el Gran Inca Huaina Cápac— es el primer clásico de América y una de las grandes figuras de la literatura de habla española.

Fuente imprescindible para la reconstrucción del pasado peruano, es, por su fina prosa, la obra de un artista de la lengua castellana. Asimismo su influencia se ha hecho sentir en la corriente del utopismo filosófico, a través de las traducciones francesas, inglesas y alemanas.

Aparece esta primera edición argentina bajo la garantía de un filólogo de prestigio, el doctor Ángel Rosenblat, y con la colaboración de don Ricardo Rojas y de don José de la Riva Agüero en los prólogos.

No vamos a ocuparnos en especial del contenido de la obra, por otra parte universalmente conocida, sino que nos es grato destacar y valorar el esfuerzo de una editorial argentina y del mencionado estudioso argentino. Sabida es la importancia que ha tenido la filología en la fijación, edición y traducción de los clásicos griegos y latinos. Y no menor es su importancia en la interpretación y edición de los clásicos españoles y americanos. La editorial Emecé quería hacer una edición que fuera —como dice Ricardo Rojas— alarde de nuestra capacidad editorial, y también de nuestro progreso científico; una edición que hiciera honor al propósito del general San Martín cuando lanzó una suscripción, en 1814, para editar la obra del Inca, por su importancia para la causa de la emancipación americana, que no fuera sólo una edición para “venderse”, sino que quedara como edición definitiva de la obra. Con tales miras fué encomendado el cuidado del texto al doctor Rosenblat, bien conocido por la labor que realizara en España, así como por su excelente versión del “Amadís de Gaula” aparecida en Buenos Aires hace algunos años.

Para hacer su edición utiliza Ángel Rosenblat la edición príncipe de Lisboa, del año 1609, para la primera parte; y la de Córdoba, del año 1617, para la segunda. Pero no se trataba de dar una reproducción mecánica del texto original. Era preciso actualizar la ortografía en todo aquello que no representa una diferencia de pronunciación. ¿Qué objeto tendría, por ejemplo, mantener las eses largas, que algunos editores e incluso historiadores han confundido con la *f*, del mismo modo que escribir *ysla*, *yr*, *vn*, *vuas*, en lugar de *isla*, *ir*, *un*, *uvas*; *huuiera* por *hubiera*, etc.?

Si bien libros de esta índole van dirigidos a especialistas, el editor debe facilitar su lectura en lo que atañe a la convención ortográfica, sustituyéndola por la ortografía actual. Pues tampoco el historiador está obligado a poseer tales conocimientos, a saber, por ejemplo, que se pronuncia *Cápac* y no *Capác*, *Túpac* y no *Tupác*. Estos problemas sólo pueden resolverse a la luz de la filología, con el

conocimiento de la lengua indígena y de cómo pronunciaban estos nombres los españoles de los siglos XVI y XVII. Era preciso, pues, indicar la acentuación correspondiente que en la edición original no figura, así como también actualizar la puntuación, lo que facilita la lectura y la interpretación del texto. En cambio, lo que pudiera implicar una diferencia de pronunciación y que aun hoy podría servir al lingüista para reconstruir la pronunciación de la época, es siempre respetado; así, por ejemplo, la presencia de la *x* (de *dixo*, *baxo*, etc.) y la *j*; la *s* sencilla y doble; la *z* y la cedilla (*ç*), la *v* y la *b*. Pero en ningún caso las modificaciones alteran la lengua del autor, su fonética, su morfología, su sintaxis, manteniéndose intactos el estilo, con su peculiar belleza y su sabor de época.

Había que contemplar, igualmente, otro aspecto delicado. ¿Puede un editor responsable reproducir las erratas de la edición original? Evidentemente, no. Pero ¿cómo distinguir una errata de una forma antigua? Tomemos, por ejemplo, la palabra *espereza*, mencionada por Rosenblat (2ª parte, tomo III, pág. 259); esta forma es posible en los siglos XVI y XVII, pero en el Inca es indudable errata, pues aparece una sola vez frente a centenares de otras en que consta *aspereza* y *áspero*. Quedan salvadas así cantidad de erratas del texto original, algunas de ellas de verdadera importancia, si bien la mayoría son simplemente tipográficas; erratas tradicionales que se han ido reproduciendo en sucesivas ediciones y que han pasado a otros libros e incluso a los manuales de historia. ¿Quién no recuerda, de sus años colegiales, que la mujer de Manco Cápac se llamaba Mama Oello? Pues ese nombre de "Mama Oello" es una simple errata de imprenta, y bien pudiera deberse a que el verdadero nombre, Mama Ocllo, resultaba extraño al cajista. Veamos otro caso, aun más sencillo. En la edición de la primera parte figura un centenar de veces la palabra *Nusta*, que en quichua significa princesa o infanta. Pero la voz quichua, tanto antigua como moderna, es *ñusta* y no *nusta*. Y el error proviene, simplemente, de que la imprenta de Lisboa no disponía de ñ mayúscula.

¿Pero no ha de preguntarse el lector exigente o erudito si tales correcciones son acertadas y si no ha habido una intervención excesiva por parte del editor? Esta reflexión inevitable viene a ser aclarada por lo que Ángel Rosenblat llama "Criterio de esta edición", y que figura al final de cada una de las partes. En él explica, con todo detalle, el criterio ortográfico, y ofrece una lista completa de las variantes introducidas, incluso las de puntuación; de tal modo que el erudito puede, si así lo desea, reconstruir la versión original, juzgando por sí mismo si la corrección es o no justificada. La lectura de este "Criterio" evidencia todo el denodado e invisible esfuerzo, la cuidadosa labor y el espíritu científico con que han sido resueltos los problemas que planteaba esta edición, sin descuidar el menor de los detalles. Y con justa razón nos dice Rosenblat (1ª parte, tomo II, pág. 299) que "esta edición puede servir, no sólo

para un interés histórico o literario, sino también para estudios lingüísticos". Edición que se ha de conceptuar, por su texto, como la mejor existente, y acaso como edición definitiva, de la que no se podrá prescindir para cualquiera otra edición futura. Además de responder ampliamente a las exigencias de la crítica de textos, su lectura resulta accesible a cualquier lector culto, ofreciendo asimismo tres elementos auxiliares valiosísimos: un Glosario de voces indígenas, un Mapa del Imperio Incaico y de la conquista española, y un índice de nombres y materias. El Glosario recoge todas las voces indígenas del texto en sus distintos usos y acepciones a las que Rosenblat agrega explicaciones complementarias acerca de la historia de cada una de ellas. El mapa, obra de Leopoldo Peydro, imprescindible, sin duda, para la comprensión del texto, y en el que están indicados todos los nombres localizables que la obra menciona. Y el índice alfabético, en el que constan la totalidad de los nombres y materias, convierte a esta obra en instrumento de fácil consulta para cualquier cuestión relativa a la historia del antiguo Perú.

A los méritos que venimos señalando únese la magnífica presentación gráfica, la reproducción en facsímil de la portada de la edición príncipe, del escudo de armas, de la portada de las *Décadas* de Herrera y los preciosos elementos xilográficos de la edición madrileña del siglo XVIII, por todo lo cual se puede considerar esta edición, como decíamos, uno de los esfuerzos editoriales más grandes y dignos que se hayan realizado en el país.

FRANCISCO E. MAFFEI.

GASTON BOISSIER, *La oposición bajo los Césares*. Buenos Aires, El Ateneo, 1944 (1).

Ubiquémoslo al historiógrafo francés, en un momento especial de la pasada centuria, caracterizado por un sugestivo y continuo perfeccionarse de la ciencia histórica. Atrás quedaban las etapas —no por lejanas en el tiempo— del iluminismo racionalista, de los románticos y liberales, a quienes siguieron, entremezclándose a veces con ellos, los cultores del *color local* y del *subjetivismo* (2). Primaban, en cambio, muy bonificadas, las ideas y los métodos de Niebuhr y Ranke. Poco más tarde, merced a su aporte y el de algunos sucesores, quienes entonces cultivaron a Clío, tuvieron ya estabilizada

(1) Reproducción acertada de la edición francesa de 1875, *L'opposition sous les Césars*, tenida ya por clásica.

(2) Seguimos la clasificación de Fueter: *Histoire de l'historiographie moderne*, traducc. Jeanmaire, París, Alcan, 1914.